



*La biografía*

*Alberto Manzano*

# LEONARD COHEN

LIBROS CÚPULA

*La biografía*

# LEONARD COHEN

*Alberto Manzano*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Alberto Manzano Lizandra, 2019

© fotografía de cubierta: Mitch Jenkins/Contour/ Getty Images

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización de los propietarios del copyright de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de derechos de las mismas y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

Primera edición: octubre de 2010

Segunda edición: diciembre de 2016

Tercera edición: abril de 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-480-2562-5

Depósito legal: B. 3.874-2019

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

## CONTENIDOS

Un judío con alma gitana	9
El poeta al sol	55
El cantante de las melopeas	90
Hay una guerra	147
La filosofía zen del cero	191
Omega y el monje	253
Oye, esta no es manera de decir adiós	290
Una oscura invitada luminosa	321
Un cantante debe morir	337
Índice onomástico	350
Bibliografía	361
Biografía	365
Agradecimientos	367

## UN JUDÍO CON ALMA GITANA

Lazarus Cohen podría haber visto nacer a su bisnieto Leonard si hubiera llegado a vivir noventa años, pero murió en 1914. Fue encomiado por haberse familiarizado tanto con el Talmud —obra que recoge las cuestiones rabínicas sobre las leyes judías— como con la literatura inglesa académica, y, como resultado, por su asombrosa capacidad para yuxtaponer las antiguas tradiciones y la cultura moderna.

Descendiente de una familia hebrea reconocida por sus modos piadosos y erudición, el rabino Lazarus —más conocido como Reb Leizer— era profesor en la escuela judaica de Wolozhin, cerca de Wilkovislak (Lituania). En 1869, movido por su carácter emprendedor, tomó la decisión de reinventarse como hombre de negocios en el Nuevo Mundo —ya lo había intentado unos años antes, sin éxito, en Escocia— y emigró a Canadá. Se estableció en la ciudad rural de Maberly (Ontario) y apenas dos años después, ya pudo llevarse con él a su mujer e hijo. En 1883 se trasladó a Montreal, ciudad a la que había enviado a su hijo Lyon a cursar estudios religiosos bajo la tutela de la primera comunidad judaica de Canadá, arraigada desde hacía más de un siglo.

Tras realizar diversos oficios, de tendero a maderero, Lazarus desarrolló sus cualidades comerciales, fundó una compañía carbonera —L. Cohen & Son— y en 1895 ya era presidente de la fundición W. R. Cuthbert & Company. Poco después, formó la primera

empresa de dragados de Canadá y firmó un contrato con el gobierno del país mediante el cual se le autorizaba a trabajar en todos los afluentes del río San Lorenzo entre el lago Ontario y Quebec.

Su talante religioso también había hecho que se implicara en la comunidad judía de Montreal: en 1893 visitó Palestina como representante de un grupo de futuros colonos —estableció así el primer contacto directo de los judíos canadienses con su tierra prometida—, fue presidente del Comité de Colonización Judía del Instituto del Barón de Hirsch —que había organizado el asentamiento de inmigrantes judíos al oeste de Canadá—, y de la sinagoga Shaar Hashomayim de Montreal. Su hermano menor, Hirsch Cohen, dotado de similar energía y carácter, se convirtió en el sumo rabino de Canadá y se hizo célebre por su voz poderosa y resonante —se dice que Leonard podría haber heredado su timbre—. Fue autor de un renombrado libro sobre la ética en el mundo de los negocios, *Put My Money In My Purse* (Pon el dinero en mi cartera).

Lazarus Cohen se estableció en Westmount, el barrio aristocrático del oeste de Montreal, situado sobre una colina desde donde se domina toda la ciudad —las mansiones de Westmount acogían a la mayor parte de la comunidad anglófona, que dirigía el comercio y las finanzas del país—, una decisión que apartó a los Cohen del enclave donde se concentraba la mayor parte de la población judía, el barrio de The Main, al este del bulevar St. Lawrence. Durante la primera década del siglo xx, la comunidad judía de Montreal se quintuplicó, pasando de quince mil a setenta y cinco mil habitantes, y su asentamiento significaría una división geográfica conciliatoria entre la población anglófona-protestante y la comunidad francófona-católica, afincada esta también al este del bulevar St. Lawrence, junto a los pequeños barrios de inmigrantes italianos y griegos, donde se concentraban las dos terceras partes de la población de Montreal. Las elegantes casas de piedra tallada de Westmount parecían evocar indiscretamente aquellas de Mayfair y Belgravia, ya que incorporaban ele-

mentos renacentistas, barrocos y Tudor, como queriendo perpetuar un pasado que ocurrió en otro lugar.

«Montreal era una ciudad muy religiosa, una ciudad de corrientes, de lealtades, como una ciudad medieval donde la gente piensa en términos de su raza, su cultura y su lengua... Su sensibilidad era distinta a la de la mayoría de las ciudades. Había un pacto entre tres pueblos: una comunidad de habla francesa, resentida por sus limitaciones, otra de habla inglesa, que controlaba las finanzas y el comercio, y la judía, replegada en sí misma. Lo curioso de Montreal es que todos se sentían una minoría: los franceses porque eran minoría en Canadá, los ingleses porque lo eran en Quebec, y los judíos porque lo son en todas partes.»

En 1886 Lazarus vio a su hijo Lyon estrenar una obra de teatro de la que era autor, productor y actor principal: *Esther*. El éxito fue tan clamoroso que el presidente de la Asociación Anglojudía Canadiense contrató al joven, que solo tenía dieciséis años, como secretario personal.

Cinco años después, Lyon se casó con Rachel Friedman. Tuvieron cuatro hijos: Nathaniel (nacido en 1887, futuro padre de Leonard), Horace, Lawrence y Sylvia. Heredero del entusiasmo de su padre, Lyon se volcó plenamente en el desarrollo de la vida de la comunidad hebrea de Montreal. Fundó el primer periódico judío de Canadá, *The Jewish Times*, que más tarde sería absorbido por el *Canadian Jewish Chronicle*, y fue elegido presidente de la Shaar Hashomayim, la mayor y más prominente congregación religiosa de Canadá. Una de sus mayores responsabilidades en la sinagoga consistía en asegurarse de que el cantor que dirigía las voces de la congregación fuera apto para tan excelsa tarea. No soportaba a quienes la realizaban por exhibicionismo, actitud que consideraba totalmente irreligiosa. Su lema era «De-

bes ser capaz de cantar, ¡pero no te atrevas a hacerlo!». algo que quizá hizo mella en su nieto, Leonard.

Dotado de gran atractivo personal, elegancia y serenidad, Lyon era un aristócrata pragmático que creía firmemente en la necesidad del conocimiento de la historia judía para autoafirmar su identidad. Consideraba esenciales la Torá —ley mosaica que designa la revelación y enseñanza divinas al pueblo de Israel— y los mandamientos o *mitzvot*. En su casa de Rosemount Avenue, que lucía una ostentosa Estrella de David en la fachada, se reunía toda su familia durante el Sabbath, el día más sagrado en la tradición judaica. También congregaba a rabinos, invitados y amigos —algunos de ellos mundialmente famosos, como Chaim Weizmann, primer presidente del Estado de Israel, Rabbi Stephen S. Wise o el escritor Albert Cohen, sin parentesco familiar, y era el profesor de hebreo de sus hijos, con los que comentaba el sermón declamado o los últimos libros leídos en *yidis*, hebreo e inglés.

Lyon también siguió la estela de su padre al ocupar la presidencia del negocio familiar de tejidos Freedman Company —que se convertiría en una de las empresas textiles más importantes del Reino Unido—, especializada en trajes y abrigos para hombres. Fundó la Sociedad Textil de Exportación Canadiense, así como la Asociación de Fabricantes Textiles de Montreal. Sucesivamente, fue elegido presidente de la Junta de Gobernadores del Instituto del Barón de Hirsch —su gestión permitió transformarlo en el primer Centro Activo de la Comunidad Judía de Montreal—, del Comité Ejecutivo Nacional del Congreso de Judíos Canadienses, del Consejo de la Comunidad Judía de Montreal y de la Compañía de Seguros de Vida de Montreal. Fue fundador del Sanatorio Mount Sinai y tuvo cargos destacados en la Biblioteca Pública de Montreal, la Organización Sionista de Canadá, el Comité de Colonización Canadiense y el Instituto de Educación Hebrea.

En 1914, con el estallido de la primera guerra mundial, Lyon Cohen desempeñó un papel destacado en el alistamiento de voluntarios judíos a los que espetaba frases tan contundentes como:



«Yo no consideraría a mi hijo digno de reconocimiento social si no luchara por su tierra, su bandera y su rey». Y así fue como sus dos hijos mayores, Nathaniel y Horace, se convirtieron en los primeros oficiales judíos del ejército canadiense.

En 1924 Lyon iba a encabezar una representación de los más altos cargos judeocanadienses en una visita al papa, pero el día anterior al encuentro sufrió un ataque al corazón y fue ingresado en un hospital de Suiza, donde se recuperó tras varias semanas de cuidados intensivos. Contaba entre sus amigos con el primer ministro canadiense, W. L. McKenzie, y fue reclamado como parlamentario por otro de sus grandes amigos, sir Samuel W. Jacobs. Sin embargo, Lyon declinó la propuesta —se decía que «tenía un corazón demasiado grande» para limitarse a la política—. Antes de su fallecimiento, el 15 de agosto de 1937, el gobierno israelí le dedicó el Lyon Cohen Memorial Grove en Kadesh Naftali, al sur de Jerusalén.

«Mi familia es vieja como los indios. Más poderosa que los Ancianos de Sión, los últimos comerciantes que se tomaron la sangre en serio. Y yo sentía con fuerza aquello que mi familia representaba conscientemente. Por ejemplo, mi apellido, Cohen, significa “sacerdote”. Y siempre he tenido la sensación de que los miembros de mi familia le otorgaban mucha importancia, que se consideraban sacerdotes por transmisión hereditaria y creían pertenecer a una casta de religiosos.»

Según la Biblia, *Kohanim* es el sacerdocio hereditario establecido por Aarón, hermano de Moisés, y *Kohen* —el que oficia— es un representante de Dios y administrador de la ley, el primero en leer la Torá y ofrecer la bendición sacerdotal. Los *Kohanim*, *Kohen*, *Kahn*, *Kahan*, *Kogen*, *Kaganovic*, *Cahan*, *Cahen*... —todos variaciones de Cohen— son, así pues, los descendientes de los sacerdotes

que desempeñaban funciones similares a las de cualquier chamán egipcio o babilónico y consultaban los oráculos. Aún hoy, los descendientes de estos hombres tienen privilegios en las sinagogas. Se supone que han de ser moral y espiritualmente superiores al resto de los creyentes y dignos de sus antecesores.

«Los miembros de mi familia eran conscientes de su propio destino y su responsabilidad hacia la comunidad. Fundaron sinagogas, hospitales, periódicos. Yo sentía que había recibido una herencia que influía en mi propio hado en el mundo. Es obvio que una característica de mi familia era que su vida interior era más intensa que su vida histórica. En cierto modo vivían apartados del mundo. Como es lógico, estaban afectados por lo que les había sucedido, el hecho de tener que abandonar su tierra, su país, y cruzar el océano, volver a superar pruebas de todo tipo para conquistar los privilegios y comodidades que al fin obtuvieron. Personalmente, lo que más aprecio de mis parientes es que me presentaran una forma de cultura y pensamiento siempre con moderación. No existía ninguno de los elementos de fanatismo que veo en muchas familias similares a la mía. Se trataba de personas que habían heredado un calendario y nadaban en su interior, se hallaban en su elemento natural. Pero nunca se hacía mención de ello, del mismo modo que el pez no revelaría la presencia del agua. Y por ello estoy muy agradecido a mis familiares. Se respiraba aire fresco. Pensaba que mi entorno estaba bien, y, por encima de todo, los admiraba por ser decentes, honestos y amables, por la manera en que dirigían sus negocios y su vida. Honraban a su mundo.»

«Por su tierra, su bandera y su rey», como había recalcado Lyon, Nathaniel Bernard Cohen —el primogénito de la familia,

conocido como Nat— y su hermano menor, Horace, habían arriesgado sus vidas en «La guerra que debía acabar con todas las guerras». Nathan fue herido en el campo de batalla y tuvo que regresar precipitadamente de Europa con el rango de teniente y una invalidez. Horace permaneció hasta el final de la guerra y fue ascendido a capitán.

Desde ese momento, el padre de Leonard malvivió con escasa salud y, aunque mostraba con orgullo las heridas sufridas en la guerra, tuvo que resignarse a ver pasar la corona de su cabeza a la de su hermano Horace, que asumió la dirección de la empresa textil familiar, a la que hizo más próspera. Horace ostentaba el liderazgo de la oficina, mientras que Nathan estaba a cargo de la fábrica, los trabajadores y la maquinaria. En 1927 Nathan se casó con una joven enfermera de veinte años, Masha Klinitsky, diecinueve años menor que él. En 1929 tuvieron una hija, Esther, y en 1934, un hijo, Leonard Norman Cohen, cuyo nombre seguía la tradición de la «L» familiar: Lazarus, Lyon, Leonard, y, posteriormente, la hija de Leonard —aunque con doble significado—, Lorca Cohen.

Leonard, cuyo nombre hebreo es Eliezer, significa «Dios es mi ayuda» (en la tradición hebraica los nombres son importantes porque aluden a atributos divinos). Su segundo nombre, Norman, es la forma anglicanizada de Nehemiah, «el reconstructor de Jerusalén». Por otro lado, su nacimiento en viernes le confería «especial piedad», dado que el Sabbath se observa todos los viernes.

La madre de Leonard, Masha, era hija de Rabbi Solomon Klinitsky, un eminente talmudista que se pasaba las horas absorto en el estudio gramatical y debatía en abierta confrontación sus interpretaciones de los libros sagrados. Más conocido como «el Príncipe de los Gramáticos», escribió una antología de interpretaciones rabínicas, *A Treasury of Rabbinic Interpretations*, y un diccionario de sinónimos y homónimos hebreos, *Lexicon of Hebrew Homonyms*, una obra muy alabada por el gran poeta canadiense A. M. Klein.

«Mi abuelo tenía una actitud beligerante con respecto a la visión rabínica. A menudo nos sentábamos a estudiar el libro de Isaías y podíamos pasarnos toda la tarde con una o dos líneas. Era muy anciano y solía quedarse dormido. Daba una cabezada y, de pronto, se despertaba y volvía a repetir la explicación con toda la frescura de la primera vez. Pero, más allá de su erudición en el judaísmo profético, lo que yo buscaba era su compañía. Cuando mi madre lo acogió en casa a finales de los años cincuenta, a veces nos encontrábamos casualmente y me preguntaba si yo era su nieto escritor.»

Rabbi Solomon Klinitsky había nacido en Vilkaviki (antigua Lituania, hoy Polonia), donde mantuvo encendida la llama del estudio de los libros sagrados hebreos heredada de su padre y su abuelo. Era el director de una *yeshiva* en Kovno, pero tuvo que huir de los pogromos del Este de Europa al ver a su familia —mujer y dos hijas— acosada y perseguida durante las agitaciones antisemíticas que desgarraron Polonia a principios del siglo xx. El país había sido invadido sucesivamente por los ejércitos alemán y ruso, un preludio del genocidio judío que dio paso a los horrores del Holocausto nazi. Primero se establecieron en Inglaterra, país que había acogido muy bien sus libros —al igual que Israel y Norteamérica— y desde allí emigraron a Canadá en 1923. Durante los primeros meses, permanecieron en la ciudad portuaria de Halifax, pero gracias a la relación de Klinitsky con Lyon Cohen durante la correspondencia que mantuvieron sobre las posibilidades de establecerse en Montreal, se trasladaron a esa ciudad. En 1927, como resultado de la amistosa relación entre ambas familias, su hija Masha y el hijo de Lyon, Nathaniel, contrajeron matrimonio. Masha, cuyo nombre en hebreo significa «valerosa», había trabajado como enfermera en The Hospital of Hope.

«Mi madre cuidaba mucho a mi padre, que había regresado parcialmente inválido de la primera guerra mundial. Era enfermera y se ofreció como voluntaria de la Cruz Roja durante la contienda. Su presencia era generosa, melancólica pero dulce. Aunque nunca mencionaba Lituania. En su entorno se concedía mucha importancia al hecho de ser canadiense y borrar las referencias del pasado. No existía un sentimiento nostálgico. A pesar de que hablara con un ligero acento ruso, nunca sentí que hubiera abandonado algo para siempre. Evidentemente, había sufrido, había sido vilipendiada. Pasó hambre, inseguridad e injusticia y, como dice un proverbio, “Una puñalada en el corazón deja un agujero”. Pero mi madre era una “profesional” del sufrimiento y la pérdida. También era una mujer alegre y vital, tenía un gran sentido del humor y le encantaba cantar canciones del folclore de la Europa del Este en *yidis* y ruso, nanas y melodías que aún resuenan en mi corazón.»

Corpulento, casi gordo, y reflexivo, con aire eduardiano (polainas, monóculo, sombrero alto, traje, guantes, bastón y medallas militares en miniatura), Nathan era un hombre de negocios estricto, ordenado («se enfurecía si las zapatillas de la familia no se alineaban cuidadosamente debajo de las camas») e introspectivo, amante de la fotografía y la música —solía escuchar a un cantante escocés llamado sir Harry Lauder y, sobre todo, a Gilbert & Sullivan— y, aunque no era un hombre de letras, su biblioteca disponía de una impresionante y lujosa colección de libros de poesía inglesa encuadernados en piel.

En la casa señorial de ladrillo rojo de dos pisos en el número 599 de la avenida Belmont, enclavada en el barrio de Westmount, en la falda del Mount Royal, los Cohen contaban con una criada, Stella, un chófer-jardinero, Kerry, y una niñera, Mary,

católica-irlandesa dedicada especialmente al cuidado de Leonard hasta que cumplió siete años. Mary solía llevarlo a la iglesia y a su casa durante la celebración de la Navidad —Leonard reconocería que «crecí en parte católico»—. La habitación de «Lenny», situada en la parte trasera de la casa, con vistas al parque Murray Hill, le permitía espiar a los amantes sentados en los bancos y seguir los paseos serpenteantes de las criadas y las niñeras («¿Qué sería de los niños ricos si no fuera por las sirvientas que les ponen en contacto con la verdad y la emoción del pueblo?», diría Lorca en una conferencia que dio en Barcelona en 1935).

Quando era joven los cristianos me contaron  
 cómo clavamos a Jesús  
 como una adorable mariposa contra la madera,  
 y sollocé junto a cuadros del Calvario  
 ante aterciopeladas heridas  
 y delicados pies retorcidos.

«Para Wilf y su casa», *Comparemos mitologías*

La sinagoga Shaar Hashomayim estaba apenas a unos minutos de paseo a través del parque, igual que la escuela Roslyn Junior, a la que acudían Leonard y su hermana Esther. Una de las mejores compañías de Leonard aquellos días era su perro *Tinkie*, un terrier escocés que desapareció durante una tormenta de nieve y hallaron muerto bajo el porche de una casa vecina la primavera siguiente. Leonard nunca quiso tener otro perro, y toda su vida conservó una foto de *Tinkie* en su casa de Los Ángeles.

«Lloré mucho cuando murió mi perro. Pero cuando murió mi padre, creí que había pasado lo que tenía que pasar. Quizá tenga un corazón frío, pero no experimenté ningún profundo sentimiento de pérdida, tal vez porque estuvo enfermo durante

casi toda mi infancia. Ingresaba en el hospital a menudo. Era débil y murió, parecía natural que muriera. Su muerte pertenecía al reino en que las cosas no se pueden discutir ni rechazar, ni siquiera juzgar. Así que parecía lógico. Y me alegré de quedarme con su navaja y su revólver. Yo tenía nueve años y me sentía orgulloso. Al día siguiente del funeral, descosí una de sus pajaritas y metí en su interior un pequeño mensaje que enterré en el jardín, bajo la nieve, junto a la valla por donde se colaban los lirios del jardín de la casa vecina en verano. Fue la primera vez que escribí algo con cierto significado. No tenía otra manera de vincularme a aquel suceso que era tan misterioso y, curiosamente, nada devastador. Aunque no recuerdo lo que escribí. Quizá fuera como una oración con la que le deseaba buen viaje hacia cualquier reino al que se dirigiera.»

Portando presentes de flores y nueces dulces  
 la familia fue a visitar al hijo mayor,  
 mi padre; y se dispuso en torno a la cama  
 donde yacía en una almohada empapada de sangre,  
 su corazón medio podrido  
 y su garganta seca de arrepentimiento.  
 Y parecía tan obvio, el olor tan presente,  
 tan necesario.  
 Pero mis tíos profetizaron enloquecidos,  
 prometiendo la vida como frenéticos oráculos;  
 y solo enmudecieron al romper el día,  
 después de que hubiera muerto  
 y yo empezara a gritar.

«Ritos», *Comparemos mitologías*

Leonard había «heredado» el revólver de su padre tras una descarnada discusión con su madre por su posesión: «Era enorme, del 38, con una gruesa funda de piel. Nombre, grado y regimiento grabados en el cañón. Mortífero, anguloso, preciso, candente en la oscuridad del cajón, con peligrosa potencia. El metal estaba siempre frío. Las pequeñas balas romas tenían un arañazo hecho con la uña del pulgar». Leonard también había heredado de su padre la fascinación por las armas. En la canción «Rainy Night House», del disco *Ladies Of The Canyon*, 1970, de su compatriota y amante Joni Mitchell, se dice:

Era una noche lluviosa,  
cogimos un taxi a casa de tu madre.  
Se había ido a Florida, dejándote  
solo con la pistola de tu padre.  
[...]  
Me dijiste que era hermosa,  
llamaste a tu madre; estaba muy morena,  
así que recogiste los bártulos y te fuiste  
a vivir al desierto de Arizona  
Eres un refugiado  
de una rica familia.  
Renunciaste a todas sus fábricas doradas  
para ver quién diablos eras.

En otra canción de este disco, Joni Mitchell describe a Leonard con porte religioso y escudriñador: «El sacerdote estaba sentado en el bar del aeropuerto, / llevaba la corbata de su padre / y sus ojos me penetraron mucho más allá / de donde las palabras se secan» («The Priest»). El revólver de su padre permaneció en la casa familiar hasta que unos ladrones lo robaron la noche antes de que Masha muriera, en 1978. («Cuando su padre se



casó, juró matar a cualquier hombre que se tomara libertades con su mujer. Su madre lo contaba como si se tratara de una broma, pero el hijo creía en aquellas palabras. Vislumbraba un montón de cadáveres, todos los hombres que le habían sonreído a su madre... Si los alemanes bajaran por la calle...» (*El juego favorito*). En la canción «Night Comes On», del disco *Various Positions* (1984), un padre herido en el lecho de muerte le susurra a su hijo: «Coge mi pistola y mis libros / y recuerda cómo mintieron».

Nathan tuvo gran influencia en las inclinaciones militares de Leonard —durante mucho tiempo llevó siempre un revólver—, aunque el asunto podría haber llegado más lejos: «Mi padre era muy patriota y se sentía muy orgulloso de defender el Imperio. De hecho, trató de enviarme a la Academia Militar de Kingston y, si hubiera vivido más tiempo, es muy probable que hubiese entrado a formar parte del ejército canadiense».

Nadie se parece a mi padre  
 más que yo.  
 En el mundo soy el único  
 que lleva su cara.  
 Y aquí estoy, en lugares  
 a los que él nunca habría ido,  
 entre hombres  
 que se creen que soy yo.

(Poema inédito escrito en Hidra)

La muerte de Nathan alteró profundamente la tranquila vida familiar de los Cohen y hundió a Masha en frecuentes depresiones. Leonard acudía a la escuela Roslyn y a la sinagoga para recibir su formación judaica. Aunque no destacaba académicamente, era buen alumno. Se aburría con la rutina diaria y practicaba acti-

vidades extraescolares, especialmente *hockey* sobre patines, béisbol y deportes acuáticos. En 1945, con el estallido de la segunda guerra mundial, Leonard contempló las primeras fotos de los campos de concentración nazis y tomó plena conciencia de que los judíos eran realmente «profesionales del sufrimiento», un sentimiento que se avivó con los relatos que su hermana Esther le contó tras una reciente visita a Israel.

A los trece años, como marca la ley hebrea, Leonard celebró su *bar mitzvah*, que representaba su absoluta aceptación dentro del judaísmo, con su lectura de la Torá en Shaar Hashomayim; al año siguiente, 1948, se matriculó en el Instituto Westmount. Fue elegido miembro del Consejo de Estudiantes —tras mostrar sus dotes de liderazgo y organización, fue nombrado presidente— así como del Consejo de Editores —que redactaba el anuario y realizaba un seguimiento de los estudiantes— y de la Junta de Producciones de Estudiantes —donde apareció impreso su primer trabajo «casi literario». El señor Waring, su profesor de inglés, lo animó a interesarse por la literatura, y Leonard empezó a buscar aislamiento y soledad para escribir, sobre todo breves poemas, relatos cortos y un diario personal. Además, contaba con la gran biblioteca que había heredado de su padre: Milton, Byron, Scott, Wordsworth, Chaucer, Longfellow.

También estaba la música. Al igual que su hermana, Leonard estudió un poco de piano, además de clarinete y ukelele, instrumento que tocaba en la banda del instituto: The Hillel Band. Un día entró en una tienda de empeños de la calle Craig y se compró una guitarra de segunda mano por doce dólares, «en una época en que la gente tenía la idea de que solo los comunistas tocaban la guitarra». Poco después, desde la habitación de su casa, Leonard vio a un joven guitarrista flamenco que tocaba para unas chicas en el parque Murray Hill: «Tocaba de maravilla, así que un día me acerqué y le pregunté si querría enseñarme algo. Aceptó y me dio tres clases. Me enseñó el trémolo, unos cuantos encadenamientos de acordes y algunas escalas de flamenco. Pero lo más cu-

rioso es que tenía una manera muy especial de coger la guitarra y tocar. Un día que se retrasaba para darme la cuarta clase, telefoneé a la pensión donde se alojaba, Bowdy House, en el barrio más pobre de Montreal, y me dijeron que se había ahorcado. ¡Sinceramente, no creía que fuera tan malo! Lo llamaban el Hispano de Montreal, y debía de tener unos diecinueve años. Yo, quince. Pero aquellas tres clases de guitarra fueron las únicas que me han dado en toda la vida y formaron la base para componer muchas de mis primeras canciones, cierta combinación de acordes mayores y menores».

Después de su graduación, el 31 de mayo de 1949, Leonard empezó a bajar a la ciudad para conocer la vida callejera. Abandonaba la casa en plena noche sin que su madre lo advirtiera y entraba en las cafeterías para escuchar la música de los *jukeboxes*: «Me sabía todas las canciones que sonaban en los *jukeboxes* del centro de la ciudad: Frankie Laine —«The Cry Of The Wild Goose»—, Johnny Ray, Nat King Cole —«Mona Lisa»—, Tonny Bennett, Perry Como, Louis Jordan. The Weavers cantaban «Goodbye Irene», y el «Cold, Cold Heart» de Hank Williams; y Patti Page con su «Tennessee Waltz» —este tema sería frecuentemente interpretado por Cohen en sus conciertos, sobre todo en la gira de presentación del disco *Recent Songs* (1979-1980), y fue incluido en el álbum *Dear Heather* (2006) como *live track*—. Observaba a la gente. Había prostitutas, yonquis, y siempre la esperanza de encontrar alguna chica. Solía ir solo o con su amigo Mort Rosengarten, un compañero de clase al que había conocido en uno de los campamentos de verano donde trabajaba como monitor desde 1944. Daban vueltas en coche por la orilla del lago y patrullaban por la ciudad escuchando música.

En 1949, Leonard descubrió la poesía de Federico García Lorca. Fue en una librería de segunda mano en Montreal donde abrió por casualidad una antología del poeta granadino y leyó: «Por el arco de Elvira / quiero verte pasar, / para sufrir tus muslos / y ponerme a llorar...» («Gacela del mercado matutino», *Diván del Tamarit*, 1931-1934).

«Era la primera vez que un poeta me tocaba de verdad, la primera vez que leía una poesía que me conmovía. Aquellas líneas terribles se clavaban en mi corazón. Y después leí otras que decían: “Porque me arrojará puñados de hormigas...” y me pregunté por qué alguien iba a querer arrojarme puñados de hormigas. Sin embargo, seguí leyendo: “Sus muslos se me escapaban / como peces sorprendidos...”. ¡Ese era mi mundo! ¡Ese era mi paisaje! Un universo que entendía perfectamente. Este poeta me arruinó la vida. Su nombre: Federico García Lorca.»

Veinticinco años después (1974), Leonard dedicó su primer concierto en España —en el Palau de la Música de Barcelona— a Federico García Lorca. Tras proclamar nada más salir a escena «Mi guitarra ha llegado a casa», anunció que acababa de tener una hija a la que había puesto el nombre de Lorca, Lorca Cohen. Después del concierto, durante una entrevista concedida a Constantino Romero para la revista *Vibraciones*, confesó: «Lorca cambió mi manera de ser y de pensar de un modo radical. Sus libros me enseñaron que la poesía podía ser pura y profunda a la vez que popular».

En 1986, coincidiendo con el cincuenta aniversario del asesinato de García Lorca, la discográfica CBS España publicó el disco *Poetas en Nueva York*, en el que Cohen era la punta de lanza. El poeta judío, que siempre había creído tener sangre gitana (los «roma» son los gitanos polacos), versionó el poema «Pequeño vals vienés», del libro *Poeta en Nueva York* (1929-1930), al que tituló «Take This Waltz». Comparemos varias estrofas de la adaptación de Cohen con el poema original. Lorca escribió:

En Viena hay diez muchachas,  
 un hombro donde solloza la muerte  
 y un bosque de palomas disecadas.  
 Hay un fragmento de la mañana

en el museo de la escarcha.  
Hay un salón con mil ventanas.  
¡Ay, ay, ay, ay!  
Toma este vals con la boca cerrada.  
Este vals, este vals, este vals,  
de sí, de muerte y de coñac  
que moja su cola en el mar.

Cohen lo adaptó así:

En Viena hay diez mujeres hermosas,  
un hombro donde la muerte solloza.  
Hay un salón con novecientas ventanas,  
un árbol al que van a morir las palomas.  
Hay un fragmento arrancado de la mañana  
que cuelga en el museo de la escarcha.  
¡Ay, ay, ay, ay!  
Toma este vals con una mordaza en la boca.  
Este vals, este vals, este vals,  
con todo su aliento de muerte y coñac  
que arrastra su cola en el mar.

Seguimos con Lorca:

En Viena hay cuatro espejos  
donde juegan tu boca y los ecos.  
Hay una muerte para piano  
que pinta de azul a los muchachos.  
Hay mendigos por los tejados.  
Hay frescas guirnaldas de llanto.  
¡Ay, ay, ay, ay!  
Toma este vals que se muere en mis brazos.

A lo que Cohen replica:

Hay una sala de conciertos en Viena  
donde tu boca tuvo mil reseñas.  
Hay un bar donde los muchachos callaron,  
sentenciados a muerte por la tristeza.  
Ah, pero ¿quién es el que sube a tu cuadro  
con una guirnalda de lágrimas frescas?  
¡Ay, ay, ay, ay!  
Toma este vals que lleva años muriendo.

En 1988, con motivo de la gira de promoción del disco *I'm Your Man*, donde había incluido su versión de Lorca, Cohen concedió una entrevista al autor de este libro. Entre los temas abordados, se habló de Lorca:

*Alberto Manzano:* ¿Por qué escogiste ese poema de Lorca?

*Leonard Cohen:* Llevaba mucho tiempo dando vueltas a la idea de que el mundo romántico se había acabado y el poema de Lorca expresaba esa idea a la perfección. Él sabe que las imágenes románticas que usa están podridas, anticuadas, que están acabadas. Por eso es un poema tan moderno, porque usa las convenciones de la canción popular —esa especie de amor adolescente, que de alguna manera es el amor más hermoso, el amor inocente, el amor que aún no ha sido derrotado—, coge las imágenes de esa experiencia y las injerta en ese mundo donde unas gigantescas mujeres te sonríen desde las marquesinas y todo el mundo sabe que eso está podrido.

*A. M.* Me ha gustado mucho tu traducción del poema de Lorca.

*L. C.:* Me costó ciento cincuenta horas y una depresión nerviosa. Es un precio muy alto. Pero me gustó hacerla.

A. M. Creo que incluso consigue aclarar algunas imágenes del poema original.

L. C.: Eso es algo que yo no puedo decir. No puedo juzgarlo. Solo recuerdo las sensaciones que tuve a los dieciséis años, cuando leí a Lorca traducido al inglés. Lo leía como si fuera un hermano, y, en cierto modo, Lorca me llevó al mundo de la poesía. Él me educó. Pero nunca sabré cómo suena Lorca en español. Solo puedo imaginármelo. Así que intenté hacer esa clase de canción. Pero tú tradujiste mi versión del poema de Lorca de nuevo al español. Lo encuentro muy interesante. Ahora yo tendría que traducir tu poema español de nuevo al inglés, y así podríamos seguir indefinidamente.

A. M. Es una gran idea.

L. C.: Esto no es una iglesia, y creo que deberíamos hacer algo más salvaje, más surrealista. Eso fue lo que nos trajo Lorca, el surrealismo. ¿Sabes por qué mataron a Lorca?

A. M. Dicen que lo subieron a un camión y le dieron el paseo. Han circulado numerosas leyendas sobre su muerte. Incluso se habló de un crimen pasional, por celos, algo sobre un guardia civil que había sido su amante.

L. C.: Creo que la noche en que lo asesinaron iba a ver a un amigo que era fascista. Lorca tenía amigos en los dos bandos. Nunca dejó que sus ideas políticas se interpusieran en su amistad. Eso es algo maravilloso. Como cuando alguien entra en una canción y conecta profundamente, se olvida de quién es. Solo cuando la canción ha terminado, recuerda que es fascista o comunista. Lorca vivió siempre en ese espíritu.

En 2006, Cohen volvió a recuperar a Lorca en una adaptación del poema «La Casada Infiel», de *Romancero Gitano* (1924-1927), que incluyó en su *Libro del anhelo*, junto con otro poema titulado «Lorca Vive», en el que parece volver a asumir su identificación esquizofrénica con el poeta granadino:

Lorca vive en Nueva York  
nunca volvió a España  
Se fue un tiempo a Cuba  
pero ha vuelto a la ciudad  
    Está cansado de los gitanos  
y está cansado del mar  
No soporta tocar su vieja guitarra  
solo tiene un tono  
    Supo que lo habían asesinado  
Pero no, mira  
vive en Nueva York  
aunque no le gusta

Tras la «experiencia Lorca», Leonard empezó a escribir poesía con gran disciplina y voluntad, pero también con un maravilloso sentido de libertad y de ritmo, aunque, en realidad:

«Solo escribía para atraer la atención de las chicas, para que se interesaran por mis ideas. En aquellos días, leía cómics del Capitán Marvel, Superman, Spiderman, todos aquellos héroes. Y pensé que de alguna manera yo también podía escribir. Antes de Lorca, solo conocía la poesía de la liturgia en la sinagoga, la música litúrgica hebrea. Pero he de reconocer que empecé escribiendo poemas a las chicas... Recuerdo que había una joven muy hermosa, poeta, que se había enamorado de un amigo mío. Yo hubiera preferido que se enamorase de mí, pero me gustaba oír la historia de labios de mi amigo, y un día me enseñó un poema que le había escrito. Y nunca lo olvidé; decía: “Soy una soñadora que vive en el pasado de noches plateadas que llegaron y rápidamente se fueron...”. Y no es que mi amigo fuera insensible al honor que había recibido de ella, pero el



poema me pareció precioso y vi el efecto que había causado. Cuando un poema te emociona es como un llamamiento que requiere una contestación. Quieres responder con tu propia historia. Las novelas me mantenían en silencio. Si vives con una narración durante un tiempo, tú mismo te conviertes en ella. Nunca experimenté la necesidad de responder a las novelas. Pero en los poemas, la destilación del lenguaje coincidía con algo propio de mi naturaleza, de mi mente: esa especie de rapidez y agilidad. Creo que todo eso contribuyó a mi investidura, al deber de escribir poemas...»

En el verano de 1950, trabajó como monitor en Camp Sunshine, un campamento de verano para niños con trastornos mentales dirigido por Irving Morton, un intelectual, socialista y cantante de folk. Junto a su amigo Alfie Magerman, cuyo padre era un renombrado sindicalista, el joven Leonard se aprendió de cabo a rabo *The People's Song Book* (El libro de las canciones del pueblo), un cancionero que incluía temas de la resistencia francesa —como «La Complainte du Partisan», que Cohen adaptaría al inglés con el título de «The Partisan» en su disco *Songs From A Room* en 1969—, «Viva la Quinta Brigada» —la histórica canción del Ejército Republicano Español—, una canción antifascista alemana —cuya letra había escrito Bertolt Brecht—, o canciones de la resistencia china.

En aquellos primeros días posteriores al término de la segunda guerra mundial, la sociedad norteamericana había sido sorprendida por el *boom* de la canción folk-protesta, introducida gracias al empuje combativo y talento musical de artistas como Pete Seeger —líder de The Weavers, cuyas versiones de la popular canción israelí «Tzena, Tzena, Tzena» y del posterior clásico del blues-folk «Goodbye Irene» alcanzaban un éxito masivo ese año—, Woody Guthrie —compositor del celeberrimo himno universal «This Land Is Your Land» y, junto a Pete Seeger, com-

ponente en aquellos días de los Almanac Singers; es famosa la frase que este influyente cantante-sindicalista, reconocido «padre musical» de Bob Dylan, escribió en la funda de su guitarra: «Esta máquina mata a fascistas»—, o Josh White —cuya actuación en el restaurante Ruby Foo’s Chinese de Montreal en 1949 fue presenciada por un quinceañero Leonard.

Las canciones «Tonight Will Be Fine» —que sería incluida en el disco *Songs From A Room*— y «Twelve O’Clock Chant» —cuyo texto aparecería como poema en el libro *La caja de especias de la tierra* (1961)—, fueron las primeras composiciones musicales de Cohen en aquellos días:

Sostenme, intensa luz, suave luz, sostenme,  
Luz de la luna en tus montañas, envuélveme,  
Luz del sol en tus altas olas, abrázame,  
Luz del hierro en tus alambres, protégame  
Luz de la muerte en tu oscuridad, empúñame.

«A través de mi interés en la música folk, descubrí lo que era una letra de canción y eso me llevó a un estudio más formal de la poesía. En realidad, mis primeros poemas estaban muy emparentados con ese tipo de música, me encantaba su lenguaje, me interesaba el tipo de lenguaje que funcionaba bien con la guitarra, así que empecé duplicando su manera de narrar por puro amor a esas canciones. Me juntaba con mi amigo Mort Rosengarten, que tocaba el banjo, y a veces mi madre se unía y cantaba. Nos gustaba la música de manera natural, pero no se trataba de una pasión. Mort decía que yo estaba loco porque tocaba las mismas canciones cientos de veces a pesar de que todo el mundo desaparecía. Pero a mí me parecía muy natural. Además, me había comprado una especie de flauta pequeña de plástico y los volvía a todos majaras cuando intentaba tocar “Old Black Joe”.»

En 1950 la madre de Leonard se volvió a casar. Harry Ostrow era un farmacéutico de Montreal al que poco después de haber contraído matrimonio con Masha se le diagnosticó esclerosis múltiple. Nadie en la familia de los Cohen creyó en su honestidad y lo acusaron de haber ocultado la verdad a Masha —que ya había hecho de enfermera con Nathan desde el mismo momento en que se casaron y no estaba dispuesta a volver a hacerlo—. Leonard siguió viviendo bajo el techo familiar, pero sus escapadas nocturnas eran cada vez más frecuentes, su soledad hogareña se convirtió en una concha hermética, y no tardó en trasladarse a un apartamento en el centro de la ciudad con su amigo Mort Rosengarten. Para pagar el alquiler, Leonard trabajó en la empresa textil de su tío Horace y en la fundición de bronce W. R. Cuthbert, dirigida por su otro tío, Lawrence. Empezó a tener relaciones sexuales con mujeres: Yafa, *Bunny*, que estaba interesada en la danza, y Freia, que se sentía atraída por la pintura. Freia ilustró la portada del primer poemario de Cohen, *Comparemos mitologías* (1956), y fue una de las protagonistas del triángulo descrito en el poema «La mosca»:

En su oscura armadura  
la mosca recorría el campo  
de los dormidos muslos de Freia,  
inalterables por la suave mano  
que vagamente se movía  
para acabar con su ejercicio.

Y eso me arruinó el día—  
que esa mosca, sin jamás haber planeado  
encantarla o complacerla  
recorriera tan descaradamente aquel terreno  
sobre el que a mí me costaba horrores  
poner mis temblorosas rodillas.